

Narrativa Una ficción urbana en torno al mundo del grafiti

Los desafíos del aerosol

Arturo Pérez-Reverte
El francotirador paciente

ALFAGUARA
312 PÁGINAS
19,50 EUROS

ENRIQUE TURPIN

Si el capitán Alatríste viviera en el siglo XXI tal vez sería mujer, se llamaría Alejandra Varela -Les-, tendría treinta y cuatro años, optaría por el lesbianismo y trabajaría como cotizadísima scout para editoriales de índole artística. El argumento de *El francotirador paciente*, la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte tras las excelencias de *El tango de la Guardia Vieja*, se centra en la vida del artista callejero de grafiti, para quien su trabajo se convierte en una forma de reivindicación personal y un asunto de pervivencia de lo poco auténtico que queda ya de arte verdadero en el siglo XXI.

El fondo del caso sigue la estela de algunos de los juicios sobre el asunto que ya se dejaban notar en *La tabla de Flandes* o en *El pintor de Batallas*, y no ocultan una lectura en clave biográfica del propio Pérez-Reverte, sobre todo en la mirada al mundo contemporáneo que ofrece la protagonista de la novela. La acción transcurre en varios escenarios. Se inicia en Madrid y desemboca en Nápoles, la única urbe oriental que queda en Europa junto a Estambul, en palabras de la propia narradora. Ella es Alejandra, una experta en arte urbano a la que el pudiente editor de arte Mauricio Bosque propone la investigación, desarrollo y organización de un volumen que antologue la obra del esquivo grafitero *Sniper* con intención de preparar una retrospectiva en el MoMa de Nueva York. Se trata de la tercera ocasión en la que lo narrado por el académico tiene voz de mujer, tras las incursiones femeninas de *La tabla de Flandes* y *La reina del Sur*.

Códigos morales

Pudiera pensarse que la historia que se narra en *El francotirador paciente* no parece pertenecer al universo que el escritor tiene acostumbrados a sus fieles lectores, pero una mirada en profundidad a los temas, el tratamiento y el fondo de esta ficción urbana desvela los mis-



El escritor Arturo Pérez-Reverte

mos propósitos que alumbraron novelas precedentes. Esta vez resulta más sencillo emparentarla con *Territorio Comanche* que con *La carta esférica*, desde luego. Pero el buceo en las intenciones finales de Pérez-Reverte trae rápidamente a la memoria códigos morales comunes a sus grandes relatos, donde se compendia buena parte de la moral de osada decencia que

rige el universo de su creador.

Sniper, un sosias bicéfalo entre Banksy y el escritor cartajenero, es un artista *enmascarado* del grafiti -pocos saben quién se oculta tras el embozo-, que consolida lealtades allá donde va; promotor de performances y actuaciones al límite de la legalidad que lleva a cabo con estrategia casi militar, algunas de ellas con resultados fatales. Hol-

den, el hijo del galerista Biscarrués, murió por tratar de llevar a cabo una de esas arriesgadas acciones antisistema promovidas a escala mundial por *Sniper*. De hecho, Biscarrués ha puesto precio a la cabeza del último líder clandestino de grafiteros. Clandestino, palabra obligada en esta aventura, pero habrá que añadir honor, lealtad, furia, y un renunciar a sentirse a gusto en la piel de los tiempos que corren. Desde ese perfil esquivo, la novela entronca con una clara reivindicación callejera que se ha venido resolviendo con cientos de protestas civiles de ciudadanos que, como *Sniper*, como *Les*, como tantos desencantados de la mecánica herrumbrosa del Sistema, optan por alzar la voz y mostrar que los incontrollables no siempre podrán ser domesticados por el poder.

La acción se hace vertiginosa, sin apenas desfallecimientos, repleta de peligros para la indagación que habrá de llevar a cabo la ingeniosa *Les*. La aventura está servida, y contiene momentos de verdadero thriller, mucho diálogo callejero, buenas dosis de rap y un final de traca, como si el espíritu de Alatríste se trasladase en forma de guerrilla urbana y trastocase la espada y la pistola de duelos por los aerosoles: "Esta sociedad te deja pocas ocasiones para coger armas. Así que yo cojo botes de pintura", confiesa uno de los personajes. En cuanto al marco internacional de los sucesos, el lector cree advertir una intención que trata de generalizar un estado de las cosas, un signo

Entronca con una reivindicación antisistema, resuelta en cientos de protestas de los desencantados

de los tiempos: de Madrid a Lisboa, paso por Verona, Roma, y desenlace en la querida Nápoles. Los ciudadanos de todas estas ciudades viven la globalización con las mismas inquietudes y desvelos. No es de extrañar entonces que en la novela se asegure que "el arte actual es un fraude gigantesco. Objetos sin valor supervalorados por idiotas y por tenderos de élite que se llaman galeristas. (...) Al final se reduce a reunir unos cuantos euros. Como en todo lo demás".

El tag (firma del artista grafitero) convertido en una noble estocada intranferible y mortal es ahora la señal con la que se dibuja la épica de un mundo que pasa por ser un campo de batalla permanente con códigos cuyo primer mandamiento no es otro que ganarse el respeto buscando la excelencia de trazo con pigmentos casi sanguíneos en las paredes de las urbes contemporáneas. El lema no puede ser más claro, si es legal no es grafiti. Añadan otro, si aburre no está escrito por Pérez-Reverte. |